

CIRCULO DEL CRIMEN

ASESINO MIO

MICKEY SPILLANE



N°36

Un tipo listo estaba incrementando la tasa de muertes en los bajos fondos con un calibre 38 especial. El teniente de policía Joe Scanlon se dedica entonces a realizar una ins-tensa búsqueda a lo largo de los sombríos y mortales calle-jones de la jungla de chabolas que rodea la ciudad... su ta-padera, una hermosa mujer policía que se ofrecerá como anzuelo sexual... su objjetivo, un asesino de un sólo dispa-ro que está eliminando al resto de asesinos.

ASESINO MÍO

1

Bajé del coche lentamente y me quedé mirando hacia la oscura ventana del apartamento. La lluvia fría golpeaba en el cristal y le hacía parecer un espejo negro, diabólico, un ojo espantoso en la cara de un tétrico y sucio edificio. Había algo repugnante en todo aquello, algo viciado y obsceno, incluso inconcebible.

Allí arriba, tras esa amenazadora ventana, tenía que matarme. Allí arriba sabría lo que es yacer muerto, tendría la sensación y la visión de una expresión impertérrita, la laxitud de la muerte.

En mi bolsillo el revólver parecía pesar demasiado, lo saqué y crucé la calle sosteniéndolo en la mano. La puerta principal estaba abierta. La interior, también. Detrás, aparecía la larga y cavernosa entrada de las tenebrosas escaleras y el pasillo.

En el primer piso, de frente.

En mi mente imaginaba mi rostro en el suelo, vuelto hacia la luz, con los ojos parcialmente abiertos y la mandíbula laxa. Sin conocimiento ya. Sin conciencia. Sin que quedase nada. Sólo la muerte.

Bajo mis pies la alfombra estaba desgastada y cada peldaño traía un olor a moho, a viejo, a cerrado. Tal y como era mi costumbre desde hacía mucho tiempo, salté por encima del peldaño desvencijado y calculé, como lo habría hecho un niño, la distancia hasta el descansillo.

Cuatro peldaños más para llegar. Después tres, dos, uno y ya estaría allí. La puerta se encontraba tres metros más allá. No me apresuré. No tenía prisa por ver qué aspecto tendría muerto.

Así, pues, me acerqué despacio y, cuando ya tenía la mano en el pomo de la puerta, amartillé el 38 y entonces pensé qué estúpido era todo aquello. Y cómo empezó. En cierto modo, tenía dos puntos de partida, pero el primero era el último y el último el primero. En el último momento, recapacité sobre la simpleza y la tontería de aquella idea.

Llegué diez minutos después del óbito. Los hombres del coche patrulla tomaban declaraciones al grupo que había oído los disparos y trataban de sacar algo en claro de lo que decía el noctámbulo de cabellos teñidos que avisó a la patrulla.

Se encontraban allí el capitán, un inspector del distrito residencial y uno de los expertos del laboratorio al que había visto unas cuantas veces. Cuando salí del coche, los fotógrafos tomaban ya las últimas fotos y buscaban alguna tarjeta o documento con que poder identificar al muerto.

Me acerqué al médico, mientras se levantaba y guardaba sus instrumentos en el maletín. Le pregunté:

—¿Cómo murió?

—Tiene dos en el pecho y una en el cuello, cualquiera de ellas mortal.

—¿Dijo algo antes de morir?

El médico sacudió la cabeza.

—Ni una palabra. Me di cuenta que se estaba muriendo y traté de reanimarle lo suficiente para que pudiera decir algo, pero no pude.

—¡Qué fastidio!

El médico respiró hondo y puso mala cara.

—Esto tenía que ocurrir —recorrió con la mirada la manzana, abarcando las fachadas de piedra de las viviendas—. Cualquier cosa puede suceder aquí. Es clásico.

Le observé sin decir nada, después eché una ojeada al hombre que yacía muerto. No había mucho que ver. La sangre oscurecía su rostro y en la acera, parecía pequeño e in-

significante, en absoluto lo suficientemente importante como para haber sido liquidado de forma tan espectacular. Miré de nuevo, fruncí el ceño y sacudí la cabeza, desechando las ideas que se me ocurrían.

Antes de que pudiera pensar más oí:

—Joe...

—Joe..., ¡eh! Joe. —El capitán Oliver me saludaba con la mano, su cigarro describía un arco rojo en la noche. Crucé hacia allí.

—Este es el inspector Bryan, Joe... Teniente Scanlon, señor.

Bryan sacó la mano y agarró la mía. Era un policía grande y fornido, había trabajado mucho para llegar a lo que era y estaba al tanto de todo lo relacionado con su trabajo.

—Ollie me ha hablado de usted, Joe. Yo solicité que le enviaran aquí.

—Me preguntaba por qué me habrían llamado.

—¿Conoce esta zona?

—Nací a un par de manzanas de aquí. Esto apesta, pero lo conozco bien.

El inspector dio una calada al cigarrillo.

—¿Está al tanto de los últimos sucesos?

Antes de contestar, intenté ver a dónde quería llegar, pero no deduje nada.

—En parte. No con detalles.

—¿Conoce el hombre muerto? ¿Le han identificado ya? —le pregunté mirándole de reojo.

—Todavía no. Estamos esperando las huellas.

Volví a tener un extraño presentimiento que no me pude quitar de la cabeza. Di la vuelta, me acerqué al cadáver, lo inspeccioné de cerca y me puse de pie.

—Olvídense de las huellas. Puedo reconocerle.

—¿Quién es, Joe? —preguntó Oliver.

—Doug Kitchen. Crecimos juntos.

—¿Estás seguro?

—Positivamente. Solía salir con mi hermana. Era un buen chico.

El inspector arrojó la colilla.

—Los buenos chicos no mueren así —dijo.

—Este sí.

—¡Bobadas! —La expresión de sus ojos era astuta y fría.

—A mi viejo le disparó un policía al doblar una esquina. Le confundió con otro. El policía creyó que llevaba una pistola. Lo que llevaba era su termo.

—¿Y qué?

—Pues que Doug no era peligroso. Le conocía. Eso me basta.

—¿Qué hacía en la calle a las cuatro y media de la mañana?

—¿Ha registrado usted el cadáver, inspector? —No se lo dije en un tono muy amable.

—Por encima.

—Entonces, quizá, le habrá visto su tarjeta de los astilleros. Estuvo trabajando en el turno de ocho a cuatro y regresaba a casa.

—Me he equivocado —dijo Bryan. Me sonrió con una mueca—. Algo está sucediendo aquí, Joe. Cuatro absurdos asesinatos, sin embargo bien planeados, en un mes. Sin nada en común salvo que todos se han ejecutado en la misma zona. Esto no encaja bien. Creo que necesitamos que un hombre de aquí se encargue del caso.

—¿Yo?

—Tú has vivido aquí. Conoces a la gente.

—Sólo a los más viejos. Las cosas cambian.

—Ya lo sé. Lo que nosotros queremos es evitar que cambien.

—No creo que sea tan importante.

—Cuatro muertes, tres de ellas con la misma pistola, puede ser importante. Esto no puede ir a más. —Sacó de su bolsillo una ficha, me la acercó y sostuvo una linterna sobre ella.

—¿Conoces estos nombres?

Después de leerlos, dije:

—Los conozco.

—¿Y bien?

—Entonces éramos chavales. Fuimos juntos a la misma escuela. Yo era muchísimo mayor que casi todos ellos.

—Pero es una pista.

—En cierto modo puede que sí. Las víctimas vivían a diez manzanas unas de otras.

—Y han sido asesinados muy de prisa, uno detrás de otro.

Le devolví la ficha.

—¿Qué tengo que hacer?

Bryan esbozó una de esas sonrisas de viejo policía.

—Encárguese del caso. —Me sonrió de la misma forma de nuevo.

—Olvídese, amigo No le descubrirán. Tiene usted una amiga al final de la manzana. Todo parecerá bastante natural.

—Yo no tengo ninguna amiga.

—La tendrá muy pronto, muchacho. Es una señora a quien usted conoció de joven, y por lo que a la gente de aquí respecta, se han vuelto a encontrar por casualidad y están recordando viejos tiempos.

—Escuche, inspector, no quiero ninguna mujer mezclada en todo esto.

—Tal vez cambie de opinión cuando la vea.

—¡Oh, m...!

—Se llama Marta Borlig, ¿la recuerda?

No pude evitar poner la cara que puse.

—Claro —dije contrariado.

—Ahora es policía, pero nadie lo sabe por aquí. Sólo lo saben en el departamento y puede dejarlo así. Eso es lo que le gusta, ¿no?

—Sabe usted mucho de mí.

—Nosotros estudiamos muy cuidadosamente estas cosas, Joe. Ahora escuche. Este caso es simple y sórdido, pero ha adquirido un tono peligroso. Si afectara a delincuentes o a criminales conocidos, lo resolveríamos rutinariamente, pero ahora tenemos implicados a ciudadanos que no quieren muertos en sus patios. Son propietarios de comercios y trabajan de verdad. Tienen derecho a quejarse. Pronto los periódicos se harán eco y nosotros seremos el blanco.

—Y si no consigo nada, el blanco seré yo.

—Esa es la idea general, Joe.

—Entonces ya pueden olvidarlo. No jugaré. No me apetece hacer de blanco. Me ha ocurrido demasiadas veces como para buscármela de nuevo.

—Es una orden, Joe.

—Estupendo, así que es una orden. ¿Usted quiere que sea yo quien mueva los hilos? Ya me conozco la historia.

—Muy bien, muchacho, llámalo así.

—Yo no, inspector. Yo no. Yo no trabajo a altos niveles, Soy un policía lisa y llanamente. Pero sé lo suficiente para no meterme en un trabajo en el que no me quiero ver envuelto.

El capitán Oliver dijo:

—¡Joe...!

Pasó un momento hasta que pude reaccionar, después sonreí y dije:

—De acuerdo, de acuerdo. Haré el primo. Seré un verdadero idiota. —Sonreí más aún—. Pero el primero que no me respalde, ¡fuera! Un trabajo rápido y duro. ¿Entendido?

—¡Claro! —dijo Bryan—. Así, pues, muévase. Queremos a ese asesino.

—¿Y si llegamos hasta los políticos?

La sonrisa de Bryan era exagerada.

—No importa quién ni cómo —dijo.

Después se marchó y me quedé allí solo.

La parte baja de la ciudad me esperaba. El sargento de guardia me reconoció cuando entraba, se levantó y se presentó como Nick Rossi, después me hizo conocer al resto del turno que estaba todavía allí. Por la expresión de curiosidad de sus caras, deduje que alguien les había puesto ya al corriente.

El sargento me cogió del brazo y me señaló el espacio detrás del escritorio.

—Hemos sacado los archivos y los hemos puesto aquí. Hay más material en esas seis carpetas del que tuvo Hoover sobre Capone.

—¿Seis?

—El trabajo sobre Kitchen lo acabamos de terminar. Bryan dijo que lo tuviéramos listo para esta mañana.

—No les dio mucho tiempo.

—Dos días, pero ha sido suficiente. El chico estaba limpio. El único delito fue una acusación por embriaguez en el 46. Con casos como éste se termina pronto.

—Yo también espero poder resolverlo así de rápido.

—¿Es un caso difícil, teniente?

—Quién sabe. ¿Ha echado un vistazo a los informes?

—Sólo a las fichas, cuando las saqué. Examiné con detalle las de Kitchen.

—Marty...

—¡Hazle pasar! —dije.

Cuando salió cerré la puerta, me volví hacia el ventilador y me senté. El revólver del 38, en su funda Waber, sobre mi cadera, resultaba bastante incómodo, así que lo saqué y lo coloqué al borde del escritorio.

Rossi no estuvo muy desencaminado al describir los informes. Estaban llenos de toda clase de datos, incluidas partidas de nacimiento, certificados de estudios y partidas de defunción. Cada uno contenía fotografías de las balas y de la víctima, así como hasta el más pequeño dato en torno al crimen. Hasta aquí los detalles en que entró la policía. El resto era una recopilación de cada hecho de la vida perso-

nal. Muchos de ellos me resultaron familiares y, en todos, mi nombre aparecía en el resumen preliminar.

Como un reparto de personajes, pensé. Una obra maldita.

El teléfono sonó.

—Scanlon, Homicidios —dije.

La voz al otro lado sonaba grave y algo débil.

—Al habla el comisario Arbatur, teniente. ¿Va todo satisfactoriamente?

Solté un silbido sordo. Era el típico mete-prisas.

—Muy bien, comisario. Nos estamos moviendo. Estoy repasando ahora los informes.

—Eso está bien. —Su voz sonó estúpidamente paternal.

—¿Hasta dónde llega este asunto?

—Bastante lejos, teniente. Imagino que está al tanto de la situación.

—Bueno..., cada muerte ha aparecido en los periódicos como una noticia individual. Ningún muchacho de la prensa las ha relacionado.

—Entonces el revólver es nuestro secreto.

—¿Y si se le escapa a alguien?

—Cundiría el pánico, teniente. Usted lo sabe. Un asesino está divirtiéndose en una zona donde hay veinte mil votantes seguros para el alcalde.

Mi voz se volvió afilada.

—Sabe lo que le digo, comisario, diga a sus votantes que se pierdan. Y usted también. Estoy buscando a un asesino que sólo va detrás de ciertas personas, y son las únicas que me preocupan. No los votantes. Ni siquiera usted. ¿Entendido?

—Teniente...

—Entérese, comisario. Si me presiona tan sólo una vez, moveré los periódicos. Ellos le harán pedazos y yo les ayudaré. ¡Déjeme en paz!

Antes de que pudiera responderme le había colgado. Fuera, en torno a la centralita estarían boquiabiertos y en la

oficina del comisario se correría la voz rápidamente. Pero no me hacía ilusiones. Nunca me gustaron los politiqueros que se las dan de listos.

Así, pues, ahora tenía que entenderme con un asesino y con un político. Genial, sencillamente genial.

Volví a examinar cuidadosamente los informes. Usaba el revólver como pisapapeles, para evitar que el ventilador los dispersara y lo tenía en la mano cuando oí dar un golpe en la puerta.

—¡Entre! —grité.

Y una voz alarmada dijo:

—¿Vas a dispararme con eso, Joe?

No sólo era alta. Era bastante fuerte. Con el cabello castaño claro; los labios dibujaban una húmeda y exuberante sonrisa, porque mis ojos la miraron deprisa y ligeramente. Su cuerpo parecía querer desbordarse y únicamente el traje sastre se lo impedía.

Estaba impresionado y no pude reconocerla, entonces ella dijo:

—Se presenta la policía Marta Borlig, en traje de calle, teniente —y sonrió más aún.

—Bien, ¿qué es lo que sabes? —Eso fue todo lo que se me ocurrió.

—Deberías decirme cuánto he crecido —se rio—. Es lo que hace todo el mundo.

—También podría decir que has engordado.

Se acercó a mí, tendiéndome la mano, me levanté y la saludé.

—Encantada de volverte a ver, Joe. —Sólo necesitaba mirar un poco hacia arriba para encontrarse con mis ojos.

—Así que tú eres Marty.

—Sí, soy yo. Pero hay que guardar silencio, Joe. Misión especial.

—¿Cómo demonios se te puede guardar en secreto? Eres un cebo para todo lo que tenga ojos.

—Tengo entendido que no te hacía mucha gracia tenerme como ayudante —dijo pícaramente.

—Hace veinte años, que yo recuerde. —La miré de nuevo, imposible quitar mis ojos de ella—. Pequeña Giggie.

—No saquemos a relucir ese nombre. —Se sentó a horcajadas en la vieja silla de piel que estaba plegada y apoyada contra la pared. Dada su corpulencia, tenía el porte perezoso de un gato gordo—. Me he preguntado a menudo qué sería de ti, Joe.

—Nada especial. —Me dejé caer en la silla y me retrepé—. Dos años en la escuela, la policía, la guerra y otra vez la policía. Estudiar duro e ir subiendo peldaño a peldaño. Ya sabes.

Me miró de reojo, perpleja.

—Y ¿vida de familia?

—Ninguna esposa, si es a eso a lo que te refieres. Supongo que nunca tuve tiempo. —Solté una pequeña carcajada—. ¿Y si ahora nos enrollamos, qué hará tu hombre?

—¿Hombre?

—Bueno, no me apetecería ser parte en una demanda de divorcio. Preferiría que él tuviera un papel.

En sus ojos empezó a esbozarse una sonrisa que unos segundos después llegaba hasta la boca. Era una risa irónica, llena de humor.

—Creo que podemos improvisar, Joe... Soy una solterona.

—Oh, no.

—Oh, sí —se rio—. Doy la impresión de agobiar a la gente. Les doy miedo.

—Pues, aunque parezca extraño, no estoy asustado. —Me volví a reír.

—Porque siempre has sido un patán. Los patanes no piensan, se asustan fácilmente o se casan. Eres un gran patán y de cuidado. ¿Cómo eres de grande, Joe?

—Uno ochenta y cinco. Peso, noventa; edad, mucha, como tú bien sabes. ¿Y tú?

—Siete centímetros más baja, cuatro años más joven y peso veinte kilos menos.

—Por lo menos formaremos un gran equipo. No dejaremos títere con cabeza.

—Como en los viejos tiempos. ¿Qué ha sido de los demás?

Miré por la ventana, y me encogí de hombros.

—Acabados. Si hubieran sido sensatos se habrían marchado. Los once de mi familia se largaron. Los tres más jóvenes ni siquiera se sabe dónde están.

Sus ojos tenían la mirada perdida.

—¿Y Larry..., sabes algo de él?

—Jefe Caballo Loco —dije dulcemente—. No, se fue... a alguna parte. Nos encontramos una vez durante la guerra. Fue por casualidad y los dos estábamos borrachos. Ya puedes imaginarte cómo fue.

—Erais unos hermanos un poco raros.

—Movié los pies hacia adelante—. ¿Quién era el mayor?

—Él.

—Jefe Caballo Loco —repitió—. Eran otros tiempos. Se luchaba para sobrevivir. Comer era un lujo que no se debía tomar muy a la ligera.

—¿Y tu familia, Marty?

—Los viejos murieron. Sed está en la universidad, tratando de ser dentista.

—¿Vives aún en la misma casa?

Marta asintió.

—Por alguna estúpida razón olvidé mudarme. Los viejos eran dueños de la casa, ¿sabes?, y como Sed necesitaba dinero, era una ventaja. —Me regaló una de esas sonrisas de nuevo—. Es nuestra base de operaciones, creo.

—Eso tengo oído.

—Compraré un sofá, así nos podremos sentar a charlar.

—Olvídalo. Consigue mejor una gran nevera.

—Hablas como un asqueroso policía. Todo estómago y sin corazón.

—Ese soy yo, nena. —Volví a sonreír—. Veamos a fondo esos informes. Necesito completar algunas cosas.

—Sí, señor. Sí, señor, teniente, señor.

A las seis nos enviaron unos bocadillos, y a las diez volvimos a colocar las carpetas en los ficheros. Apagué el ventilador, enfundé el 38 en la pistolera Weber y dije:

—Vamos a tomar un café. Un café en taza de porcelana, sin sabor a papel.

Marta se puso la chaqueta, se la abrochó y cogió el bolso.

—¿Estamos fuera de servicio, teniente?

—Fuera de servicio.

—Entonces, ¡hola, Joe!

Se me escapó una carcajada.

—No hay duda de cómo has subido tan deprisa. Eres el símbolo de la devoción al trabajo y la absoluta pureza. Pero eres bueno, Joe. ¿Dónde tomaremos el café?

—Al final de la manzana. Es el más cercano.

Ray ganaba dinero con la cafetera de tamaño descomunal. Parecía ser lo único que vendía, pero al menos estaba en el lugar idóneo. Si no necesitase una mesa para su papaleo, no tendría la que estaba al fondo. Para él el mostrador era lo único necesario. Cogimos nuestras tazas, volvimos a la mesa del rincón y nos sentamos.

—No hemos sacado mucho en claro, ¿verdad?

—No, salvo que te gusten las biografías. Joe..., ¿tienes alguna idea?

—Hay algo —asentí—. Tú ayudaste a recopilar estos datos, ¿verdad?

—Así es, ¿percibiste el toque femenino?

—Era un poco florido, sí.